

POR UNA CABEZA

PREMIO NACIONAL DE NOVELA BREVE 2016

«AMADO NERVO»

POR UNA CABEZA

por

Alejandro Badillo



*F*ICTICIA

MÉXICO

2017

Premio Nacional de Novela Breve 2016 «Amado Nervo», convocado por la Universidad Autónoma de Nayarit (UAN). El jurado estuvo integrado por Karla Sandomingo, Julia Santibáñez y Alejandro Arteaga.

POR UNA CABEZA

D.R. © Alejandro Badillo

D.R. © UAN

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Edición: 24 de abril de 2017

Universidad Autónoma de Nayarit
Ciudad de la Cultura Amado Nervo
Tepic, Nayarit

Ficticia Editorial

Magnolia 11, Colonia San Ángel Inn, C.P. 01060, Ciudad de México
www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-079-7
Impreso y hecho en México

Para Abigail y las gatas
Para mi padre y mi hermana

Para hacer algo comprensible, tenemos que exagerar.

Extinción, THOMAS BERNHARD

Verá usted: no sé cómo empezar. Una historia se cuenta de muchas formas. Los eventos se suceden, una ficha empuja a otra, un atardecer derrota la luz, un cuerpo se degrada hasta quedar como blanquísimo esqueleto. Justificaciones, casualidades, caminos que se acercan. Usted ponga el peor escenario y siempre habrá explicaciones. Palabras que engendran palabras: gestos, lloriqueos. El caso es que estábamos aquella mañana en el centro del pueblo. Perros desvencijados por el sol: puros huesos. Sus siluetas se movían como banderas derrotadas. Algunos autos navegaban entre amplias nubes de polvo. Las piedras eran estrellas brillantes. No piense que lo estoy tratando de encandilar. Me gusta irme por las ramas como quien desenreda un hilo, como gato feliz que juguetea con su presa. Era mediodía y estábamos en Los Remedios, un bar. Los vasos dejaban en libertad sus destellos. Mirábamos el techo y, sobre las mesas, destacaba el baile de las moscas. Ellas eran lo único activo en la escena: su negro merodeo y su paciencia. Iban y venían con puntualidad y eran observadas por Colmenares y yo, los que inician esta historia. Porque me gusta llamar a lo que cuento, historia, y creer que tiene algún provecho, aunque, de momento, no lo parezca. Y por eso le digo que esa mañana bebía-

mos ron con Coca-Cola que, para esas horas, era como sangre viva en nuestros pensamientos. Porque necesitábamos buscar qué hacer. No piense que somos ociosos. Yo soy maestro de escuela y Colmenares, bueno, Colmenares hace de todo. Pero el trabajo se acabó. Colmenares agotó sus oportunidades para desenvolver sus malas artes, sus talentos de obrero-prestidigitador. La escuela cambió de lugar y el inmueble es ahora una bodega silenciosa. Quizá por eso no dejo de hablar, porque el contraste me mantiene cuerdo. El tiento del diablo —ahora entiendo— no está en el alcohol sino en el silencio. El denso palabrerío lo ahuyenta, nos cura aunque no lo advirtamos.

Me esfuerzo por recordar y lo primero que llega a mi mente es la barra y nuestras siluetas cenagosas. Yo miraba a intervalos la calle y mi mochila. Renovábamos los tragos mientras los segundos se despeñaban lentamente, como si el mundo entero, el bar que nos contenía, fuera un reloj de arena. Quizá nuestras manos eran lo único vivo ahí, quizá sucedían parpadeos nerviosos y veloces, y hago este esfuerzo en la memoria para que usted piense que lo que cuento es verdad, que estábamos ahí, ignorantes de todo, de la cadena de acontecimientos que cambiarían la tarde y los días siguientes. Los detalles, dicen, son valiosos porque evitan lo redondo, lo absoluto. Y el siguiente detalle, uno importante, uno cuyas ramificaciones llegan al centro del problema, es que escuchamos un disparo en las cercanías. Le dibujo el escenario: un bar con una puerta devastada, vetas verdes en la madera, perenne anzuelo para los borrachos que llegaban uno tras otro, como en carrusel. También una Virgen, penumbrosa, en una esquina, custodiada por inconstantes velas. Imagine unos cien metros cuadrados bien distribuidos: la barra, unas diez mesas, al fondo el baño y una perceptible montaña de envases

vacíos, algunos de éstos trampas mortales para insectos poco escrupulosos. ¿Ya lo estoy convenciendo? Espero que sí porque no hay vuelta atrás. Llegado a este momento tengo que seguir porque encuentro nuevas perspectivas, nuevos significados a lo que digo y soy muy curioso como para no averiguarlo. Si usted se va, podría hablar con la primera persona que me encontrara, incluso con un perro. Llegó entonces el disparo a nuestros oídos. Salimos del marasmo que nos anegaba. Pensamos en tirarnos al suelo. El dueño del bar, Ramón, un sujeto de bigotes dispares, huyó por la puerta trasera. Recapitulamos en silencio Colmenares y yo o yo y Colmenares, el orden no importa. El disparo había ocurrido afuera, quizás en un campo devorado por la aridez. Le había contado antes del tiempo, pues bien, ahora los segundos eran ovejas lerdas, gotas perezosas, latidos condensados en el estío. Colmenares murmuró:

—¿Qué hacemos?

Entonces supe que tendría que tomar una decisión. ¿Usted qué haría? Porque los eventos pasados son de juicio fácil, incluso transparentes, como si viéramos nuestra vida desde las alturas. Decidí hacerle una seña a mi compañero para que nos acercáramos a una pared y salir del punto de observación. Ahí podríamos esperar a que pasara el peligro.

Imaginamos dos opciones: una bala perdida o un ajuste de cuentas, común desde hacía varios años en la zona. Los cuerpos se apilaban en los sembradíos y los curiosos adivinaban cráneos estallando, vísceras derramadas en cascada, sangre avivando la feroz órbita de las moscas. Por otro lado, la idea de la bala perdida era tentadora: un disparo efectuado a mucha distancia sin poder dar en el blanco, pero con suficiente fuerza para seguir su viaje. ¿Hasta

cuándo se detendría? Quizá, por alguna aberración extraña de la física, la bala expandiría su vida natural. Quizá recorrería el desierto hasta encontrar ciudades nuevas y, al fin, por efectos de la probabilidad, mataría a alguien. Algo extraño, ¿no cree? Algo digno de estudio; algo que muta y se transforma. El bar estaba despoblado. En el ámbito sólo se sentían nuestras respiraciones. Los huesos se endurecían por la postura: parecíamos ánimas en pena. Escuchamos entonces pasos. Después, el arrastre de un cuerpo. El sonido era minucioso, como el de un insecto-cazador llevando a una víctima a su guarida. Alguien escupió, una maldición se abrió camino entre un murmullo que parecía escapar de entre los dientes. Imagine, señor, el arrastre lento, las piernas dejando un rastro largo: como el toro después de la lidia: los belfos sangrantes, el marfil opaco de los cuernos que ya no amenazan porque ahora son adorno inútil, bravuconada sin filo, sol que no levanta. No hubo más explicaciones, sólo el arrastre que se detuvo. En nuestro ámbito una mosca se interesaba en el quicio de una ventana. Nos acercamos a ella. Los desbordados ojos de Colmenares inmovilizaban su gesto. La amenaza exterior era una respiración en nuestros oídos. Entonces una voz dijo:

—Tú primero —y un instante después continuó—: yo lo sostengo.

Hubo una pausa y la expectativa creció como densa arboladura. Remedábamos, Palomares y yo, el ansia de los espectadores cuando se abre el telón. Pero no hubo imagen porque seguíamos agazapados, con miedo a huir, a respirar, a hacer cualquier cosa. Entonces, alguien accionó un motor. El ruido desbarató nuestros nervios: era una risa abierta, gotas de lava, caballos desbocados en el llano. Hubo un grito que se extinguió con rapidez como

fugaz lumbré en el agua. Colmenares iba a murmurar algo cuando el ruido aumentó y reprimió todo. Era una motosierra: inconfundible su hambre, la fiebre que buscaba un primer contacto. Imaginé la mano que sostenía el artefacto. La distancia que nos separaba de la escena. Usted sabe: imaginamos como mecanismo de defensa; a veces podemos aislar una imagen, sacarla del cúmulo, proyectarla al futuro o llevarla al pasado para mirarla con nueva luz. En este punto cobró importancia el balazo que habíamos escuchado. El vínculo con la sierra fue nervadura viva y yo completaba el pensamiento cuando vino el primer embiste: el sonido tuvo una leve variación, casi imperceptible, como si su enemigo hubiera puesto poca resistencia. Colmenares me miró. Su sombrero proyectaba inútil penumbra sobre su rostro, inútil porque no podía ocultar su indefensión, su gesto volátil, casi líquido. Como animalillo en el bosque, Colmenares, pasivo ante la avaricia del cazador. El silencio que nos envolvía indicaba que la historia apenas comenzaba; quizá nos tocaba dar el siguiente paso, mover nuestras fichas. El grito aún gravitaba en nuestros oídos, su centro atraía las probabilidades, las condensaba en una sola dirección que evolucionaba con los segundos, se volvía más transparente. No encontré ninguna frase para ahuyentar el silencio. El galope de palabras se extinguió antes de comenzar y, para derrotar la incertidumbre, para colmar la curiosidad que, en ese momento, era una mezcla de ansia, resignación y miedo, me asomé lentamente por la ventana. No tuve que mirar mucho para encontrar a los autores de las voces y, a sus pies, como rojo trofeo, un cuerpo decapitado. Estaban a unos diez metros. Percibí a la distancia el filo luminoso de las sonrisas. Uno tenía la motosierra ya apagada pero aún en ristre, como si presintiera nuestra presencia y tuviera

sed de un estoque más, un corte limpio, habilidoso, que segara fibras, músculos, huesos. El cuerpo se vaciaba con rapidez. Piense en un vaso derramado, un latido que mengua hasta detenerse por completo. Un reguero de sangre corría en el suelo. La sangre parecía animal vivo, raíces superficiales cuyo movimiento llegaba a las piedras, hierbajos, algún insecto.

Usted preguntará qué pasó después. Sólo puedo decir que, desde ese momento, el miedo fue luz, un faro que me deslumbraba pero que, al mismo tiempo, era la única señal a seguir, el único acicate para las venas. Colmenares adivinaba lo que sucedía en el exterior por mi expresión. Sus manos cultivaban un temblor que ganaba fuerza. Volví a ocultarme y traté de calmarlo en vano. Entonces escuchamos que se acercaban a la puerta trasera. Nos alejamos de la ventana. Pensé en mi última hora, en mi cuerpo desmembrado, festín para los zopilotes, convertido en macabro rompecabezas. El tiempo era una superficie cenagosa, una sustancia espesa que impedía cualquier escape. Imagine, señor, la puerta abierta, una bocanada de luz derrotando la penumbra del bar, sacando de su estío a las moscas. Las palabras no servirían y, uno tras otro, Colmenares y yo, seríamos abatidos. Con suerte seríamos fulminados como figurillas de feria en el tiro al blanco; en caso contrario nos esperaba un desenlace protagonizado por el dolor, por el lento goteo de una respiración que se prolonga demasiado, que no sirve para nada. Rezaba al dios de la puntería eficaz, de las decisiones prematuras, de los fugaces aleteos, cuando volvieron las voces. Es difícil, a la distancia, conservar intacta la memoria. Muchas veces el recuerdo es un momento en distorsión, un animal proteico cuyo engaño adquiere solidez con el tiempo. Lo que puedo decir es que los pasos se detuvieron y que las

«POR UNA CABEZA»

DE ALEJANDRO BADILLO

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 24 ABRIL DE 2017 EN LOS TALLERES DE
EDICIONES M Y M S. DE R.L. DE C.V., CONRADO PELAYO NÚM. 33

COL. TLÁHUAC, MÉXICO, D.F. C.P. 13200

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES

